



CAPÍTULO SEGUNDO

PASARON horas, días y semanas...

Afirman los marineros que en las noches sin estrellas se levantan del seno de las olas voces misteriosas que les llaman por sus nombres.

Cuando un hombre llega á viejo, quizás oye que le llaman voces salidas de otro mundo más inmenso y misterioso que el de las olas del mar.

Para Skavinski el faro era casi una tumba.

No hay vida más monótona que la del torrero. Si un joven acepta el oficio, en cuanto lo conoce prácticamente lo abandona.

Los guardianes de faros son, por lo general, hombres de edad madura, caracteres misántropos, amigos sólo de sus recuerdos y pensamientos.

Si por circunstancias fortuitas, un torrero abandona el faro y vuelve al bullicio de las ciudades, se le ve avanzar entre los hombres cual si despertara de largo sueño.

Al contemplar el cielo y la mar inmensa, el alma humana siéntese pequeña; estos dos infinitos la anonadan. El trabajo mecánico no logra sacarla de las profundas meditaciones que complacen su espíritu.

Los días avanzaban monótonos, como entre dedos del creyente los granos iguales del Rosario santo.

Sakavinski era feliz como no lo había sido nunca.

Se levantaba con el alba, tomaba el desayuno y limpiaba los cristales de la gran linterna. Hecho lo cual sentábase en el balcón circular que avanza en lo más alto de la torre, y dejaba que sus ojos vagasen errantes sobre la inmensidad de las aguas, sin cansarse de admirar el incomparable espectáculo.

A veces, muy lejos, veía las blancas velas de las naves, hinchadas por la brisa, brillar cual aves marinas á los rayos de un sol de verano. Más lejos los grandes buques desfilaban en líneas paralelas. La boya roja, flo-

taba sobre las inquietas olas indicando la entrada del canal. Cada medio día entre las velas blancas se elevaba una columna de humo: era el gran *steamar* de Nueva York que conduce los pasajeros de Aspinwal, dejando tras sí una estela de espuma.

Del otro lado del balcón, Skavinski veía Aspinwal y su animado puerto, sobre el que se mecía un bosque de mástiles de naves y embarcaciones de toda clase. Algo más lejos, tras el puerto, las casas blancas y las torres de la ciudad se destacaban con fuerza sobre el cielo transparente.

Vistas desde aquella altura las casas parecían nidos de gaviotas, los buques frágiles conchas, y los grupos de habitantes, pequeños puntos negros que se movían sobre las líneas blancas que dibujaban las grandes avenidas de la ciudad.

Durante las primeras horas de la mañana el viento traía el confuso murmullo de la ciudad marítima y los estridentes silbidos de los *steamars*.

A las seis cesaba el movimiento del puerto. Veíase á las gaviotas esconderse en las grietas de los peñascos, y dijérase que las olas cansadas avanzaban despacio gustando la enervadora pereza: sobre la tierra y el mar y la torre se extendía como sombra bienhechora majestuosa calma.

Entonces dulcísima melancolía inundaba

el corazón del anciano. Gustaba los encantos de aquel reposo tanto tiempo deseado. Y al pensar que duraría siempre sentirse feliz. No anhelaba más.

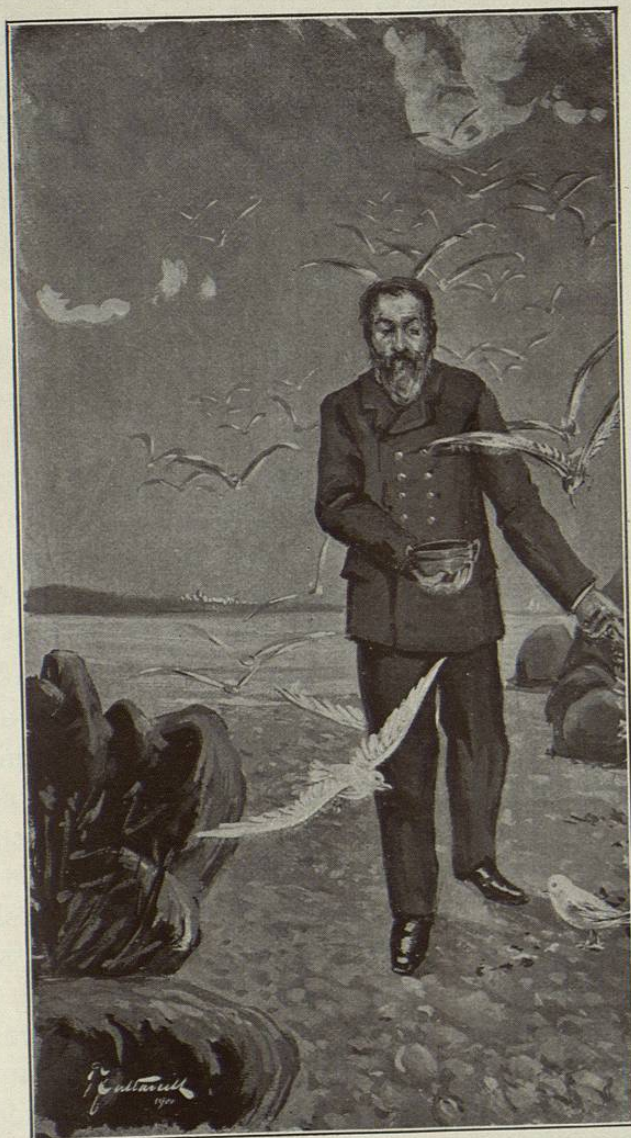
Skavinski comprendía su felicidad y confiaba sabría conservarla. Si los hombres levantan suntuosos edificios para los inválidos, ¿por qué, decía, se negaría Dios á recoger inválidos como este pobre viejo?

El anciano se aficionaba, cobraba cariño á la torre, al faro, á la playa monótona, á la soledad. Amaba las blancas gaviotas que se escondían en los intersticios de las rocas, y que al caer la tarde se recogían bajo el techo del faro.

Solía echarlas miasas de pan y los restos de su comida: entonces le rodeaba una nube de alas blancas, y el anciano avanzaba calmamente entre aquellas aves como un pastor entre sus ovejas. Al bajar la marea, descubriase un pedazo de playa, y acostumbraba á pasearse por ella recogiendo las hermosas conchas nacaradas que al retirarse dejaban las olas. A veces, aprovechando las noches en que la luna brillaba tranquila, iba á recoger los peces que quedaron entre las rocas al retirarse las aguas del mar.

Y acabó por amarle aquel islote, aquella roca desnuda, sin un árbol, poblada sólo por plantas marinas de desagradable olor.

A las primeras horas de la tarde la nitidez



Solía echarlas miasas de pan y los restos de su comida: entonces le rodeaba una nube de alas blancas...

del cielo le permitía ver la espléndida vegetación del itsmo. Le parecía un jardín gigantesco. El ramaje de los cocoteros, entrelazándose á los grandes bananos, formaba enormes ramilletes que se extendían al redor de las casas de Aspinwal.

Más lejos, entre Aspinwal y Panamá, vestía la tierra un bosque inmenso, sobre el cual al nacer el día y al anochecer extendíase tenue niebla rosada: era una como floresta tropical, cuyos piés se bañaban en un mar tranquilo como un lago, y en cuyo interior entrelazando árboles y arbustos corrían las lianas salvajes y vivían hermanadas las palmeras y los árboles del pan, los árboles que destilan goma y los de excelentes maderas. Con el auxilio del catalejo el anciano veía no sólo las grandes hojas de los bananos, sino también legiones de monos, y nubes de papagayos y otras aves de brillante plumaje, que de vez en cuando levantaban el vuelo, y hendiendo el aire parecían, al beso de los rayos del sol, un arco iris que cobijaba aquella vegetación espléndida.

Skavinski conocía de sobras bosques como aquél: salvado del naufragio del *Amazonas* había vagado errante largas semanas por el interior de parecidas profundidades de hojas y ramas. Conocía cuántos peligros guardan en su seno estos bosques eternamente jóvenes. Por la noche oyó repetidas

veces junto á sí los rugidos del jaguar, y vió enormes serpientes enlazadas como lianas al rededor de los árboles seculares. Conocía aquellos lagos en apariencia apacibles, pero en realidad poblados de cocodrilos voraces. Recordaba los mosquitos gigantes que chupan la sangre, y las arañas enormes que son quizás los menores peligros de cuantos se esconden debajo de cada hoja. Había sufrido y había luchado entre esta naturaleza grandiosamente amenazadora: ¡con cuánto placer admiraba desde lo alto de la torre aquel bosque cuyos peligros no debía ya temer! ¡Tales peligros no llegaban hasta el faro!

El domingo dejaba la torre por algunas horas. Vestía el uniforme de paño azul y botones de plata, que era el de torrero, y sobre el pecho colgaba todas sus condecoraciones. Su blanca cabeza se erguía con cierto orgullo cuando al cruzar la puerta del templo oía murmurar á los criollos: «Tenemos un excelente torrero y no es hereje.» Oída la Misa regresaba directamente al faro, satisfecho al ver que el continente no tenía atractivos para él. Las demás horas del día festivo las empleaba leyendo el diario español que compraba en la ciudad, ó el *New-York-Herald* que le prestaba Falcombridge: al cogerlos, buscaba con avidez noticias de la vieja Europa.

Aquel pobre corazón, solo en aquel peñasco de lejana tierra, sólo latía con violencia al recuerdo de su patria.

A veces, cuando llegaba la navecilla conductora de provisiones, bajaba á cambiar cuatro palabras con el patrono. Pero este amor á la sociabilidad duró poco: el aislamiento le volvió semisalvaje; y dejó de ir á la ciudad, de leer periódicos y de hablar de política con Juan el barquero.

Pasaban semanas y semanas: las únicas pruebas de que el guardián vivía, eran la desaparición de las provisiones depositadas diariamente en la playa, y el faro encendido con matemática puntualidad. El anciano había olvidado el mundo.

¿Sentía cansancio ó enojo en su profunda nostalgia? No, porque estaba resignado. Acostumbrado á la idea de permanecer allí hasta la muerte, olvidaba que existiese un más allá fuera de aquella roca desnuda.

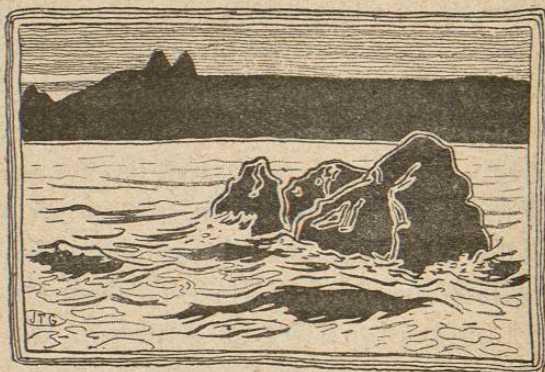
Su figura adquirió una expresión de misticismo. Sus claros ojos azules tenían el inocente mirar de los de un niño, y repetidas veces permanecían clavados en la inmensidad cual sumidos en éxtasis.

Su personalidad se achicaba, se desvanecía entre la imponente grandiosidad de los dos infinitos que le rodeaban. Dijérase que era un ser inconsciente.

Gustaba de abandonarse en el inmenso

misterio de la naturaleza descansando en sus brazos como entre los pliegues de una manta sedosa y tibia, y así, adormecido, saborear el placer indecible de aquella semimuerte encantadora...

.....



CAPÍTULO TERCERO.

PERO vino el despertar...
 Un día, minutos después de haber la barca dejado las provisiones, Skavinski salió de la torre y vió con sorpresa junto á aquéllas un bien atado paquete. Los sellos del correo eran de los Estados Unidos, y escrita con gruesos caracteres leíase la dirección «Skavinski-Esq.^{re}.»
 El anciano no sin curiosidad rompió el cordel, rasgó los papeles y le admiró ver que el contenido eran libros. Tomó uno y lo